

CALABAZAS



en el trastero

Empresas



Presenta

CALABAZAS 
en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Empresas

Créditos:

Primera edición digital: diciembre 2015

Código: COD 9785400038635050063

Ilustración de portada: Carlos Díaz Asenjo

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Noche): Helen G. Wells

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Autores: Borja F. Caamaño, Raelana Dsagan,

Daniel P. Espinosa, Beatriz García Sánchez,

Javier Fernández Bilbao, Juan José Hidalgo Díaz,

Tony Jiménez, Juan Ángel Laguna Edroso,

David Marugán, Pedro Moscatel, José M. Pérez,

Carlos Pérez Jara y Gema del Prado Marugán

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca

Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Empresas. No deberíamos fiarnos de las empresas. De ninguna. En serio.

En parte ya se ha conseguido. Nadie confía en los bancos, ni en las aseguradoras, ni en las grandes multinacionales. Pero no es suficiente. ¿Por qué confiar en la frutería de la esquina, el taller de reparaciones de tu barrio o esa tienda tan mona de la zona centro? Son todas iguales. Son empresas. Son siniestras. Son el sueño del demonio hecho realidad.

Te voy a contar un secreto. Seguro que ya lo sabes, pero es una de esas cosas a las que no le das importancia. Pero la tiene, vaya si la tiene. Las empresas se crean para ganar dinero. Nada más. Ese es el eje alrededor del que se mueven. Hasta donde llega el límite para obtener beneficios depende de ellos, no de ti. Objetarás, amigo lector, que este punto de vista es propio del siglo diecinueve, de un marxista, de sindicalista rancio con chaqueta de pana. Muy bien, puedes creer lo que quieras. Pero los casos de vertidos tóxicos que han matado a centenares de personas o las factorías que explotan a

niños en el Tercer Mundo y les hacen trabajar en condiciones extremas están ahí; y son solo un ejemplo, la punta del iceberg de algo mucho más sombrío y siniestro. Porque su origen, el que estén pensadas para convertirse en perfectas máquinas de hacer dinero, las hace peligrosas. En definitiva, nada más importa. Ni tu felicidad, ni tu bienestar, ni tu salud, ni que sigas con vida. Repite conmigo: Para ganar dinero.

Pero no es solo eso. Hay más. Nos pasamos un tercio de nuestras vidas en el trabajo. En las empresas. Estoy seguro de que conoces a más de una persona que se pasa más de ocho horas diarias encadenado a su empresa. Quizás tú mismo te encuentres en esa situación. Vivir así es un fastidio, ¿verdad? Aunque, claro, tú por estar doce horas seguidas trabajando no te comportas de un modo más huraño agresivo o violento. Las noticias que salpican de tanto en tanto las páginas de sucesos, como esa de un oficinista que envenenó a sus compañeros con matarratas o esa otra de un cuidador de un centro de ancianos que aplicaba a los residentes "eutanasias no solicitadas", poco tienen que ver contigo y la gente de tu entorno. Eso son cosas de desequilibrados. Por supuesto. Hablando de

desequilibrados. ¿Dónde crees que pasan ocho horas al día —quizás más— los psicópatas y los asesinos en serie? ¿En una vieja mansión? ¿En un hotelucho al final de una carretera comarcal? No, claro que no. Eso no resulta creíble. Te doy un consejo: vigila a tu jefe, a tu encargado y sobre todo a tu compañero. Sé un poco paranoico. Es por tu bien.

Sin duda el que inventó las empresas tuvo que ser un monstruo. En pocos lugares se consigue sacar lo peor de cada uno como en un centro empresarial. "No es personal, es cosa de negocios", dicen justo antes de crucificarte. Porque en las empresas dejamos de ser personas y nos convertimos en máquinas o, mejor dicho, en algo distinto, sin corazón ni alma. Yo no creo en lo sobrenatural, ni tú tampoco, por supuesto. Pero especulemos. Dejemos volar la imaginación. Si existiesen entes malignos que escaparan a nuestros sentidos y entendimiento, encontrarían un entorno perfecto donde medrar en las empresas. Puedes llamarlos *ghast*, vampiros, aparecidos o tiburones corporativos. Ten por seguro que, de existir, buscarían sus víctimas en las empresas, pues sería el mejor lugar donde ocultar su naturaleza inhumana.

En definitiva, guárdate de la buena voluntad de las empresas, porque no la tienen. Son peligrosas. El invento más nocivo del ser humano. El sumidero en el que confluye todo el mal. Espero haberte convencido, pero si no ha sido así, si todavía no me crees, entre las páginas de esta antología encontrarás trece buenas historias que espero que te abran los ojos.

Helen G. Wells

Suplemento dominical

Por Beatriz García Sánchez

-Agencia SESGO- 2 de Agosto

Son las diez en punto de una calurosa mañana de julio cuando somos recibidos en la sede que Ghost Pet Company tiene en Madrid. Podemos considerarnos muy afortunados, ya que no es habitual que se permita el acceso de la prensa a sus instalaciones, aunque en realidad lo que vamos a visitar no es más que un edificio de oficinas situado en una céntrica calle de la capital. Se nos ha insistido mucho en que no revelemos la dirección exacta. La explicación que se nos ha dado es que contraviene la política interna de la empresa. La realidad es bien distinta: toda precaución es poca porque las sedes y franquicias de Ghost Pet Company suelen ser objetivo de las iras de los grupos ecologistas y antisistema que tachan su negocio de inhumano.

«Aquí no encontrarán fantasmas, si es eso lo que buscan.» El despacho de José Ricardo Montelongo, director adjunto ejecutivo de Ghost Pet Company para España, está en la última planta, y para llegar a él tenemos que pasar por tres controles de seguridad. Las vistas son espectaculares desde el ventanal que queda a su espalda, pero la verdad es que no podemos recrearnos con el juego de luces que el sol de la mañana dibuja sobre los rascacielos que quedan justo en frente. El tiempo de José Ricardo es oro, él se encarga de recordárnoslo, y no podemos hacérselo perder si queremos que esta entrevista llegue a buen puerto.

«En Ghost Pet trabajamos pensando en nuestros clientes. No les vendemos fantasmas; les ofrecemos un estilo de vida diferente a un módico precio. Estudios independientes demuestran que una familia con fantasma es una familia feliz.» José Ricardo sonríe al pronunciar estas palabras, y casi instintivamente dirigimos nuestras miradas hacia el cartel corporativo que decora una de las paredes del despacho. Un alegre fondo de color verde pistacho alberga el dibujo de una envidiable familia que recibe con los brazos abiertos a un espectro risueño y vigoroso. El logo plateado de Ghost Pet Company

ocupa casi una tercera parte del conjunto. «Los efectos positivos de la convivencia con uno de nuestros fantasmas son innegables y pueden observarse tanto a corto como a medio plazo. De no ser así, miles de familias no habrían confiado en nosotros.»

Resulta indiscutible que la Ghost Pet se ha convertido en una empresa de referencia dentro del mercado de las mascotas sobrenaturales. Su fundador, Jarvis J. Hobbes, acaba de ser elegido por segunda vez hombre del año por la prestigiosa revista Time y su nombre ya figura entre los de los hombres más ricos del planeta. Para muchos se trata de un visionario que supo adelantarse al boom de los espíritus de compañía, para otros de un aprovechado sin escrúpulos que, con su actitud irresponsable, ha acabado por imponer una moda que empieza a dejar entrever sus consecuencias más nocivas.

«Ghost Pet Company cumple con un riguroso programa deontológico. De hecho es de sobra conocido que nuestro presidente y fundador, el señor Hobbes, es un auténtico filántropo. Si empezara a enumerar todas las obras que se han llevado a cabo gracias a la fundación que lleva su

nombre, podríamos estar aquí hasta mañana.» Pero en realidad Montelongo no parece dispuesto a alargar mucho más la entrevista, que da por finalizada cuando sacamos a colación el espinoso asunto de las importaciones irregulares y el del significativo aumento del número de fantasmas sin hogar en los últimos años. El director ejecutivo no pierde la sonrisa en ningún momento, pero nos despacha amablemente con un escueto «Ghost Pet Company no puede hacerse responsable de las decisiones inadecuadas de sus clientes. Sería como culpar a un fabricante de armas por los crímenes de guerra.» Con estas palabras da por zanjado el asunto de los abandonos indiscriminados. Antes de que podamos insistir, una secretaria entra en el despacho y nos invita a abandonarlo con un amable gesto de su mano.

Salimos del edificio con la sensación de que aún nos quedan muchas cuestiones por resolver. ¿De dónde nace ese afán por hacerse con un fantasma como mascota? ¿Quiénes son los que se están lucrando con la fiebre Poltergeist? ¿A quiénes interesa que el negocio de lo paranormal siga creciendo año tras año? «Son demasiadas preguntas

de golpe, ¿no le parece?» nos sonríe la secretaria antes de cerrarnos la puerta en las narices.

Salimos a la calle para entrevistarnos con la gente de a pie. En la calle Preciados encontramos a Jimena (nombre falso con el que pretende ocultar su verdadera identidad), una joven estudiante de Comunicación Audiovisual de veinte años que nos cuenta su experiencia. «A mí me regalaron uno cuando tenía como dieciséis años, pero fue un chasco total. Al principio guay, ¿no? Pero luego era un peñazo total, y como que no, ¿no?» Le preguntamos a Jimena qué fue de su regalo de cumpleaños una vez que se hartó de él y nos confiesa con un mohín aññado que se acabó encargando de él la abuela de una amiga suya, aunque no tiene muy claro qué ha sido de ninguno de los dos, ni del fantasma ni de la anciana.

Nuestra siguiente entrevistada es María Ángeles, un ama de casa de cincuenta y dos años. Ella no muestra objeción alguna a que citemos su nombre real. Su opinión no puede ser más tajante: de ninguna manera estaría dispuesta a compartir su hogar con un espectro. «Eso son caprichos, yo ya tengo bastante con el marido, los hijos y encima ahora mi suegra, que se ha quedado viuda y se viene

a vivir con nosotros.» María Ángeles no duda a la hora de dar su opinión acerca de la moda de los espectros exóticos. «Es que imagínese, hay gente que no tiene conocimiento. Va uno y se compra el fantasma de un lord inglés y lo mete en un piso de protección oficial en el barrio de Villaverde.» María Ángeles reflexiona un instante y matiza sus declaraciones. «Si fuera un fantasma de aquí, pues hombre, yo ahí ya me lo pensaría, pero uno de fuera ni loca.»

El último viandante que se ofrece a darnos su opinión con respecto al furor por las mascotas sobrenaturales es Alfredo, de treinta y cinco años, diseñador gráfico en paro que nos confiesa con orgullo su debilidad por todo lo relacionado con estos seres. Alfredo nos cuenta que tuvo una llorona peruana, pero después de una ruptura sentimental fue su pareja quien se quedó con el fantasma. «Fui yo quien se mudó y no queríamos traumatizarla con el traslado, así que se la quedó mi ex. Fue muy duro para mí.» Antes de despedirse nos confiesa que en cuanto consiga estabilizarse de nuevo piensa hacerse con un yurei. «Ahora se estila lo japo.» Alfredo nos guiña un ojo mientras sacude su mano derecha.

Resulta evidente que no puede resistirse a las últimas tendencias.

Pero quizás nuestra última parada sea la más descorazonadora. Ya sabemos, o creemos saber, cuál es el origen del negocio y también cuáles son las opiniones de los clientes. La pregunta que nos surge ahora es qué sucede con los fantasmas cuando el plan falla, cuando no todo sale como se supone que debe salir. Después de la alegría inicial, del alborozo que supone la llegada de un nuevo y translúcido miembro al hogar, ¿sigue siendo todo de color de rosa? Emilio Santisteban apenas roza la treintena. Viste de forma desenfadada, camiseta de tirantes, bermudas color caqui y botas de montaña con calcetines blancos. Su sonrisa es tan humilde y sincera como su indumentaria, pero deja entrever un poso de amargura, un trazo de inconformismo. Gaditano de nacimiento aunque ciudadano del mundo por convicción, este graduado en Psicología trabaja junto a una docena más de voluntarios que cada día prestan su apoyo a la Sociedad Protectora de Ectoplasmas, Poltergeist y Aparecidos de la Comunidad de Madrid.

«Sé que puede parecer duro, pero al final del día compensa. Tendrías que ver cómo estaba este

cuando llegó. Lo llamamos Charito. Lo trajeron unos chavales que lo habían encontrado tirado en una cuneta. Se conoce que lo habían dejado abandonado en una gasolinera, lo típico. Al pobre lo habían echado de allí a patadas y había acabado deambulando por las carreteras, completamente desorientado. Es lógico. Piense usted que se trata de una especie de aparecido muy hogareño, que se vincula con facilidad a un lugar en concreto y al que luego le cuesta mucho moverse. El típico asociado a los fenómenos de casas encantadas. Sacarlo de su hábitat fue una crueldad y más aún si tenemos en cuenta adónde fue a parar...» Emilio me observa con detenimiento antes de continuar con su relato, como si estuviera sopesando si debe o no compartir la crudeza de la historia, pero finalmente desvía la mirada hacia el aparecido del que está hablando y decide proseguir. «La gente no tiene ni idea. Todos los fantasmas son muy territoriales, pero unos lo son más que otros, y la chica de la curva es una de las especies que con más virulencia puede llegar a defender su propio espacio. Charito no pretendía establecerse allí, solo estaba de paso... Lo que está sucediendo es demencial. Sacarlos de su ambiente natural por puro capricho e introducirlos en otro

tiene consecuencias terribles. Este caso no es el peor al que nos hemos enfrentado. Luego está lo de las especies invasoras...»

A lo que se refiere Emilio es al famoso caso de los goryo del Castillo de Sotocerrado, en la comarca de Arlanza, que recientemente hizo saltar todas las alarmas con respecto a las múltiples irregularidades que se han detectado en torno a la importación y exportación de agentes paranormales en nuestro país. Los goryo son fantasmas de origen oriental, con hábitos mucho más violentos que nuestros fantasmas ibéricos de toda la vida. Desde hace algún tiempo se ha disparado su demanda entre los «amantes» de estas criaturas, lo que ha hecho que su precio se multiplicase por diez en cuestión de semanas. «Una moda más», apuntilla Emilio, que se resiste a dar más datos acerca de los lamentables hechos que tuvieron lugar en el castillo burgalés. Contar con un genuino fantasma japonés que impresione debidamente a las visitas se ha convertido en algo más que un rasgo de distinguida excentricidad. O tienes tu propio goryo o no eres nadie. El conflicto surge cuando los flamantes propietarios de uno de estos espectros se dan cuenta de que lo que ha adquirido no es un vulgar duende

castellano. «Los goryo son una especie exótica, requieren unos cuidados y unas atenciones que después muy pocos están dispuestos a proporcionarles. Cuando se percatan de que no pueden hacerse cargo de ellos como es debido o sencillamente se aburren de la novedad, los abandonan en cualquier bosque pensando que allí estarán bien.» Pero no lo estarán, Emilio lo sabe. Y lo que es peor es que la inconsciencia de los que compran estos fantasmas exóticos está empezando a pasar factura a las especies autóctonas, como le ocurrió a los aparecidos del castillo de Sotocerrado. A la pregunta de qué hay de cierto en los rumores que apuntan a que fueron goryo quienes expulsaron a los aparecidos originales de la fortificación burgalesa, Emilio responde muy educadamente con evasivas. No se le puede culpar. El asunto ha sobrepasado los límites de lo anecdótico y ha alcanzado el nivel de conflicto internacional. Las autoridades niponas se desentienden del caso y declinan toda responsabilidad. Las españolas tampoco se atreven a dar el paso necesario, el que desde la Sociedad Protectora llevan reclamando tanto tiempo. «Es necesario que se regularice esta situación de una vez. Existe un vacío legal abismal

del que se están aprovechando para hacer negocio a costa de estos pobres fantasmas. Hay que legislar ya, antes de que sea demasiado tarde.» Charito nos observa con inmensos ojos tristes desde un rincón de su jaula, como si quisiera apoyar el discurso de su cuidador con un conmovedor silencio.

Cuando abandonamos el recinto de la Sociedad Protectora ya casi está anocheciendo. Salimos con el corazón en un puño, entristecidos pero a la vez esperanzados. Mientras siga habiendo personas como Emilio, personas generosas con un corazón entregado, personas que nos recuerden cada día que la adopción es la alternativa más responsable si se desea ser el orgulloso propietario de una entidad paranormal, aún quedará un resquicio de luz al final de este lúgubre túnel.

Jefferson Hope

Sobre la autora de «Suplemento dominical»:

Beatriz García Sánchez, salmantina, es licenciada en Filosofía y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. En la actualidad cursa el grado en Estudios Ingleses y vive a caballo entre Madrid y Salamanca. Ha ganado dos terceros premios con dos relatos para las antologías «El Camino de los Mitos» de la editorial Evohé, en las ediciones de 2009 y 2010, y el primer premio en la de 2011.